



Antonio Liazzi, *El sodoma*

## LITERATURA Y PEDAGOGÍA

Rubén Darío Hurtado V.  
Juan Leonel Giraldo S.

RESUMEN

LITERATURA Y PEDAGOGÍA

*La literatura y la lectura son factores de formación permanentes del maestro culto. La literatura, al representar el escenario del proceso educativo y en especial de la formación, procura e inspira experiencias docentes cotidianas. La lectura, a su vez, permite formar para la autonomía y la libertad.*

RÉSUMÉ

LITTÉRATURE ET PÉDAGOGIE

*La littérature et la lecture constituent des facteurs de formation permanente de l'enseignant cultivé. La littérature en représentera le décor du processus éducatif et notamment de la formation, cherche et inspire des expériences d'enseignement quotidiennes. La lecture à son tour permet de former à l'autonomie et à la liberté.*

ABSTRACT

LITERATURE AND PEDAGOGICS

*Literature and reading are permanent educational factors of the hidden teacher. When representing the scenery for an educational process and specially of the education, Literature provides and inspires everyday teaching experiences. Reading, at the same time, allows educating for autonomy and freedom.*

PALABRAS CLAVE

*Maestros en la literatura, Literatura y Pedagogía, Lectura, Formación (Educación)  
Literary Masters, Literature and Pedagogics, Reading, Education*

# LITERATURA Y PEDAGOGÍA

**Rubén Darío Hurtado V\***  
**Juan Leonel Giraldo S.\*\***

**L**a literatura no cumple una función sólo estética; ésta, además de representar en el mundo de las letras uno de los discursos más elaborados, también comunica y representa múltiples situaciones del mundo de la vida, en donde -como lo plantea Vargas Llosa<sup>1</sup>- no sólo se expresan carencias, sino que se construyen las posibles soluciones.

La literatura posee la magia de presentarnos con los más sutiles y bellos detalles el significado real de la formación. Su poder descriptivo nos introduce en la especificidad del mundo de la vida, toca con especial versatilidad y minuciosidad el escenario donde se construye lo humano; en ella se presentan, a flor de piel, los ideales, los principios, los conflictos y obstáculos de todo proceso formativo. Posee, además, la bondad de permitirle al lector sumergirse en la propia vivencia y reconocer el valor educativo de lo pequeño, representado en las experiencias pedagógicas presentes en la cotidianidad, el valor formativo, por ejemplo de la escuela-hogar, del trabajo, del juego, del maestro como ser humano y modelo de vida, y la familia, entre otros.

Si bien los tratados de pedagogía, psicología y sociología se han detenido en los aspectos sencillos de la cotidianidad, nos atrevemos a de-

cir que no lo han hecho con la riqueza propia de la literatura. Además, ésta permite al lector las más insospechadas regresiones y proyecciones, es decir, nos hace vivir y participar de las experiencias pedagógicas relatadas.

Hoy se reconoce que uno de los factores que más obstaculizan el cambio en la educación es la falta de interiorización de las propuestas teóricas por parte de los participantes en el proceso educativo, esencialmente padres y maestros. Creemos que esto puede deberse a que la teoría presenta sus propuestas de tal forma que en vez de promover el cambio lo inhibe, pues, en poco toca al maestro y su quehacer pedagógico real. En ella, el deber ser de la educación y el docente aparece tan encumbrado y endiosado, que frustran al maestro enfrentado a su compleja práctica cotidiana.

No significan estas reflexiones que aquí hacemos el abandono de la teoría y la rigurosidad conceptual, sino el llamado a que éstas realmente iluminen y orienten la cotidianidad pedagógica de tal manera que el mundo de la vida se vea realmente nutrido por lo conceptual, sin que sea sacrificada la vida misma. Estas reflexiones no son más que el llamado a la unidad entre lo conceptual y lo vivencial, para que el diálogo entre el experimento y la teoría enriquezcan al maestro, a los alumnos y a los demás actores del proceso educativo.

\* Profesor de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia.  
Dirección electrónica: centropedag@epm.net.(5p)

\*\* Profesor de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia.

1. Conferencia dictada el domingo 12 de septiembre de 1999 en el Palacio de Exposiciones de Medellín, contexto de La Feria del Libro.

La literatura nos muestra una forma de integrar el discurso y la vida. En ella se encuentra una imagen viva y compleja de lo que significa la formación, y brinda pistas al maestro para posibilitar y enriquecer su relación diaria con los alumnos.

Dentro de las múltiples temáticas que aborda la literatura, encontramos la relacionada con la pedagogía, donde gracias a la plasticidad de su lenguaje, se construyen diversos escenarios para abordar aspectos como la imagen del maestro, las relaciones maestro-alumno, la vida psicoafectiva de maestros y discípulos, los métodos de enseñanza y el significado y sentido de la vida académica, entre otros. Lo cual convierte a la literatura «en una gran fuente de inspiración y comprensión del quehacer pedagógico», como lo plantea el profesor Jorge Alberto Naranjo (1995).

Los maestros en ejercicio, así como los estudiantes de educación, podrán encontrar, por ejemplo, en la novela pedagógica, un posibilidad para comprender la razón de ser del maestro en una determinada cultura y valorar mejor su profesión. La novela pedagógica es una fuente inagotable de enseñanzas, que enriquecen de sentidos la educación y la formación. Al respecto, Jorge Larrosa la considera como:

*Todo relato que se da leer en tanto que incluye la posibilidad de que de su lectura se derive una enseñanza. Desde luego hay novelas cuyos rasgos pedagógicos son más enfáticos. Y también hay novelas que nadie diría que son novelas pedagógicas, pero que admiten una lectura en términos de alguna enseñanza de la que son portadoras, aunque una atención focalizada exclusivamente en la enseñanza que pudiera derivarse de ellas implique dejar fuera dimensiones fundamentales de la obra. Sin embargo, si consideramos "enseñanza" cualquier afirmación general sobre la existencia humana a la que la obra pueda dar lugar, a cualquier influencia que la obra pueda ejercer sobre el lector, toda novela podría ser pedagógica sin perjuicio de sus otras dimensiones. Y siguiendo esta vía podríamos llegar a la conclu-*

*sión de que el carácter pedagógico de una novela es un efecto de lectura puesto que todo relato, toda ficción, puede leerse desde el supuesto de que contiene una enseñanza, aunque la enseñanza que presuntamente se derive de su lectura no agote todas las discusiones de la obra. Lo "pedagógico" entonces, sería una modalidad de lectura aplicable a cualquier texto y lo "pedagógico" de la novela pedagógica no estaría tanto en la novela como en el modo de leerla (1998, 408-409).*

Hoy más que nunca se reclama la presencia del maestro como un ser culto, con los elementos conceptuales, culturales y experienciales suficientes para acompañar a las nuevas generaciones en su proceso de formación. Y es en esta dirección que la literatura y en especial la novela pedagógica cumple una papel determinante.

## EL MAESTRO EN LA LITERATURA

Hacer referencia al lugar que el maestro ha ocupado en la literatura, obliga a que se exalten algunos libros que han constituido una gran riqueza para quienes los hemos leído y que, obviamente, siguen representando un incalculable valor para quienes se reservan la posibilidad de leerlos por primera vez.

Son textos de maravillosa descripción literaria, donde la figura del maestro es verdaderamente valiosa y, aunque algunos de ellos parezcan olvidados, perviven en los pliegues de la memoria colectiva, irradiando apuntes necesarios y señalando caminos sobre lo que significa la función de auténticos maestros. Por ello, son libros que siempre seguirán aportando y diciendo algo con respecto a la función magisterial, sobre todo que nos permiten encontrar elementos siempre sabidos con respecto a lo que significa ser maestro, pero que no necesariamente han sido siempre bien aplicados.

Podemos decir que los textos de los que hablamos son obras que nos permiten entender el

recorrido que se ha seguido, a través de la historia, sobre la presencia del maestro en el escenario social y el punto a donde hoy hemos llegado en el quehacer docente.

Obras como *Doctor Faustus* de Thomas Mann (1991), muestran la forma en que el deseo del alumno es movilizado hacia el crecimiento, como materialización de la inclinación hacia el "ser más" y "vivir mejor", a partir de la presencia provocadora del maestro, que logra insertar a sus discípulos, no propiamente en los contenidos enseñados, sino en la valoración y estima que su vida les sugiere.

Así se materializa la afirmación que propone cómo el lugar del maestro no lo construye él por lo que tiene, sino por lo que definitivamente es. Tal como lo propone Nietzsche, citado por Carlos Mario González, «El maestro enseña no con lo que tiene sino con lo que es» (1997, 309). Por ello su dignidad y respeto se evidencian en el acatamiento que sus alumnos le dispensan y también en el reconocimiento que los padres de éstos les profesan.

En *Doctor Faustus*, los maestros se proponen como presencias que configuran su existencia en un irreversible viaje hacia el saber y la verdad. Su dignidad es adquirida, sin proponérselo; ellos vivencian el compromiso con la búsqueda y en esa medida, testimonian la necesidad de avanzar por la vida en permanente construcción.

En esta obra, los maestros acompañan la formación de su discípulo, situándolo frente a grandes personajes y alimentando su pasión por el saber, poniendo así de presente que el verdadero maestro acompaña al alumno a sacar fuera lo que habita en su interior, lo cual lo ha de propulsar a nuevos encuentros con sus potencialidades (educar) mediante las señales que le brinda (enseñar) para que desarrolle su inteligencia y aprenda los valores que han de permitirle "ser más" y "vivir mejor". En sí, se trasluce que el maestro que ha avanzado en el reconocimiento de sí mismo y en el ahonda-

miento sobre las incógnitas del universo y de la existencia, tiene autoridad suficiente y seguridad personal para confiar en la capacidad de sus alumnos y poder impulsarlos, por ello, hacia las valiosas cimas del saber.

Es una obra donde el maestro aparece como un auténtico hombre culto, como un hombre que no desprecia lo pasado por simple capricho, sino que lee los signos que perviven en la historia y, por tanto, se hace portador y transmisor de las herencias culturales de una y otra generación, expresando con sus enseñanzas la significativa continuidad de la historia humana.

Estimulante es encontrar en *Wilhelm Meister* (1994), una constatación sobre este trazo magisterial cuando Jarno, como maestro, se preocupa por el destino de Wilhelm y lo incita a traspasar la mediocridad, accediendo a lo más grande de su formación artística. De esta manera lo vincula con las obras más representativas de la época, al presentarle una ruta seria que el discípulo siempre había anhelado; lo contacta con Shakespeare y sus obras que, en adelante, le despiertan la pasión por avanzar, lo cual prácticamente se apodera de su alma. Así le habla Jarno a su alumno Wilhelm, señalándole caminos:

*Aún no le he preguntado la causa a que obedezca el que forme usted parte de una compañía de cómicos para la que no ha nacido ni sido educado, aunque bien veo y quiero creer que así será, que no aspira usted más que a separarse cuanto antes de ella* (130).

En esta novela se propone al maestro como hombre culto y digno conocedor de los entrelazamientos de la cultura. En ella nos encontramos con la figura de un gran hombre, de mirada amplia y universal, que desde el lugar de maestro dice: «Para nosotros, lo esencial es poder llevar más allá de los mares las ventajas de la civilización» (249). Esta referencia a lo clásico no la podemos despachar sin referirnos a otra gran obra literaria: *Un ac-*

*tor se prepara*, de Constantín Stanislavski, donde el maestro les enfatiza a sus discípulos: «Nuestra tarea es esforzarnos siempre por alcanzar lo que en el arte es eterno» (1996,186). Estas palabras se las refiere después de disertarles que lo clásico no es lo viejo, sino que siempre será nuevo en tanto tiene que ver con lo que permanece y se mantiene orientando la vida de las colectividades.

Y subrayando la importancia de lo que significa una integral formación del maestro para poder, de igual manera, formar integralmente, no puede escaparse el referirnos a la obra de Hermán Hesse: *El juego de los abalorios* (1978), donde el autor articula, de manera espléndida, cuatro dimensiones básicas, a las cuales simplemente haremos alusión: *tradicón, disciplina, método y conciencia espiritual*. El desarrollo de estas dimensiones toca de cerca la sustancia de lo que ha de ser un maestro en su mayúscula acepción: su reconocimiento como aquel que siente solemnidad y profundo respeto por la academia, porque reconoce que en el escenario educativo no sólo está en juego la instrucción, sino también las dimensiones básicas de la existencia, y por ello sabe estimular el componente espiritual, extrayendo de sus alumnos lo máximo y superior de cada uno.

Al hacer mención de algunas obras que afloran en nuestra memoria como dignas expresiones pedagógicas y sobre todo como exponentes interesantes sobre la figura del maestro, se nos impone la obra *Hombrecitos* de Louise May Alcott (1987), en cuyas páginas se asoma, con gran significado, el papel del currículo oculto en la verdadera educación; la forma como se van consolidando los principios a través de la reflexión; el enseñar a pensar y las virtudes de las cuales se convence al alumno y el alumno se convence. Porque, en esta obra, se ponen en práctica muchos valores mediante la combinación activa de tres cruciales dimensiones: *el juego, el estudio y el trabajo*, y donde el maestro, con su presencia y, fundamentalmente con su actuar, funge como una auténtica propuesta de formación. Allí, él interviene, mezclán-

dose entre sus alumnos sin perder su dignidad, porque parodiando a Aristóteles, él sí es muy amigo de sus discípulos, pero más lo es de la verdad y, en consecuencia, estimula el pensar y la reflexión oportuna para que, ya sea jugando, estudiando o trabajando, el alumno se aproxime a las honduras del saber y al conocimiento de sí mismo.

En esta obra se integran las normas con la vida, a través de maestros presentes que ofrecen una orientación, esa sí orientación integral.

Otro aspecto relevante que merece destacarse como fundamento adscrito a la formación de un maestro y que nos lo propone *El juego de los abalorios*, es el compromiso que éste ha de tener con su propio mejoramiento. Es el maestro quien ennoblece su profesión, reconociéndole un sentido mediante la reflexión y su cultivo personal, dimensiones éstas que lo liberarán del activismo asfixiante, donde los hechos pueden parecer aislados de la vida. Esta obra nos habla de cómo se forma un maestro: con seriedad y rigurosidad académica, mediante la convergencia de la intelectualidad con la espiritualidad.

En esta obra, además de enseñar lecciones, el maestro convoca las energías del discípulo para el ascenso a lo superior de la verdad. Él alerta el espíritu y la inteligencia, porque reconoce y asume que la maestría del buen maestro es enseñar la maestría de la reflexión y del pensar. Un maestro que integre armoniosamente estos dos aspectos, intelectualidad y espiritualidad, gana persistente presencia en la mente de sus discípulos, porque desborda los estrechos límites de la transmisión de contenidos para convertirse en estímulo hacia el mejoramiento integral.

No está lejos de esta dirección la obra *Corazón*, del escritor Edmundo de Amicis, cuando en una conversación de padre e hijo, hablando sobre la escuela, aquél le dice a su vastago: «[...] Él ha sido conmigo el primer hombre cariñoso y bienhechor después de mi padre» (1994, 213), mientras le contaba cómo ese maestro recordado pervivía en su memoria, gracias a

que le formó intelectualmente y le señaló caminos que fueron definitivos para su devenir personal.

Es pertinente aludir al pensamiento de Montaigne (1992) en este comentario cuando plantea refiriéndose a la educación del niño: «que le gustaría que se pusiera cuidado en proporcionarle un maestro que tuviera la mente, antes bien formada que bien llena y en quien, sin dejar ninguno de los dos componentes de lado, contarán más las costumbres y el entendimiento que la ciencia; y que se comportara en su profesión de una manera nueva» (1992).

Y a propósito de la valoración sobre la pervivencia del maestro, significada por la relación que establece con sus discípulos, vale la pena hablar de obras como *Otra vuelta de tuerca*, de Henry James (1991) y *yjudeel oscuro*, de Tomás Hardy (1972), donde se pone de presente cómo el maestro, el auténtico maestro, pervive en el alumno. La primera obra nos habla, desde la elusividad de los personajes, de los profundos vínculos con el maestro, quien, distante o muerto perdura, demostrándonos que aún muerto influye en quienes nunca le conocieron. En la segunda se revela claramente cómo el maestro deja marcas y traza caminos al punto de querer pisar sus huellas, no porque él así lo promueva, sino porque el discípulo ha reconocido allí el significado de una vida comprometida en el mejoramiento de sí mismo y del mundo.

Contrastando con las novelas referidas hasta el momento, situamos obras sobre la literatura colombiana como *Dimitas Arias*, y *Entrañas de niño* de Tomás Carraquilla (1991), *El maestro de escuela* de Fernando González (1995), que, presentando una imagen marchita del maestro, convocan a la revisión y posible construcción de un nuevo perfil, el cual se ha venido configurando gracias a la intervención oportuna y comprometida de maestros como Baldomero Sanín Cano y Agustín Nieto Caballero, acompañados ellos de muchos otros que han sabido leer en sus páginas los aportes que buscan reivindicar una imagen más sóli-

da y menos lánguida que la que nos denunciaron aquellos escritores.

En *Dimitas Arias y Entrañas de niño*, Tomás Carrasquilla presentó la semblanza de un maestro ajeno a su misión, cuya labor no deja de ser la caricatura de lo que la noble función magisterial significa. En la primera nos presenta en Dimitas un personaje debilitado que denuncia la pobreza general del maestro, disminuido en lo espiritual e intelectual y, como metáfora de esta pauperizada imagen, una dimensión física desvalida, que en suma constituyen una personalidad enclenque e imposibilitada para el acto educativo.

En *Entrañas de niño* nos propone un maestro que, encarnado en Calazancio Muñetón, ocupa un lugar que no le corresponde; porque él, en lugar de representar la ley, se confunde en ella y se cree la ley misma. En consecuencia, su relación con los discípulos es de anulación, porque su autoritarismo no le permite acceder a un lugar de autoridad desde donde pueda influir positivamente a sus alumnos; además, porque, obviamente, esta dificultad es el resultado de una falta de saber y de compromiso con él mismo, que no le permite el reconocimiento de un hombre que sea promesa de mejoramiento en tanto fuera promesa de "ser más" y "vivir mejor".

*El maestro de escuela* de Fernando González, nos propone la figura de Manjarrés, un maestro que vive su experiencia educadora como una penosa y angustiante responsabilidad y, sin articular su vida a su misión, malversa las posibilidades de promoción intelectual en una constante crítica y un aquejamiento permanente que le permite endilgar la culpa de sus males al gobierno y a las condiciones externas.

Como ya lo anotamos, afortunadamente esta pobre figura del maestro colombiano, que no deja de revelar la verdad de un tiempo específico, se ha venido superando gracias a la intervención y a las propuestas de la pedagogía, propuestas que de alguna manera se avizoran en la obra del filósofo envigadeño cuando propone un ideal de escuela: «Este debe ser el

ideal de la escuela: silencio, sobriedad, lentitud armoniosa y prudencia, son las virtudes que debo inculcar a los muchachos» (1995,32). En esta cita se manifiesta el espíritu magisterial del filósofo, quien posiblemente (varias conjeturas se han realizado reconociendo en el maestro Manjarrés una autobiografía) apremiado por las quejumbres y lamentos del maestro, observa en el horizonte dos relevantes dimensiones: el respeto a la palabra, invitando al silencio como forma de ganarse el derecho a hablar para no convertir el acto educativo en suma de opiniones, y el vínculo existente entre maestro y saber, materializado en el compromiso de Manjarrés por construir una teoría del conocimiento como forma posible de superar la miseria en que habita y como realización idónea contra el anonimato y el aislamiento.

Esta positiva esperanza en la obra de Fernando González nos sugiere que si bien -al igual que Carrasquilla- denunció la triste realidad del maestro colombiano, también visualizaba posibles redenciones que a lo mejor nuevas obras literarias tendrán la dicha de anunciar.

Tenemos entonces que, en definitiva, la literatura ha graneado de manera elocuente, más con motivos de significativa valoración, una gran imagen, una imagen pintada con colores vivos y de relevante presencia, una imagen colocada en un exaltado lugar, el lugar de quien expone y representa los más caros y ponderados valores sociales: esa es la imagen del maestro.

## EL MAESTRO Y LA LECTURA

Hoy más que nunca, dada la complejidad de la sociedad moderna, se proclama la presencia de una maestro culto que acompañe a las nuevas generaciones en su proceso de formación, un maestro que además del conocimiento de su disciplina por enseñar y su didáctica, conozca de las variables afectivas, cognitivas y socioculturales del sujeto que aprende, conozca de la cultura, la ciencia, la economía y la política de su región, su país y el mundo, y

posea una profunda cultura en cine y literatura. Estos y otros requerimientos en el ámbito del conocimiento son las características de un maestro culto; sin embargo, ninguno de estos conocimientos podrían existir en éste sin la lectura. Por tanto, la característica esencial de un maestro culto es la de ser un excelente lector.

El maestro ha de ser un apasionado lector, pero no para atiborrarse de información y conocimiento, que en nada transforma su existencia, sino para leer reflexivamente los signos de la vida. La lectura, como lo plantea Larrosa (1998), debe esencialmente representar una experiencia de formación que transforme la manera de ser y de sentir del maestro que le permita cualificar su dimensión existencial. La experiencia de la lectura debe cerrar la brecha entre lo conceptual y lo vivencial, es decir, debe permitirnos ser más y vivir mejor, porque avanzamos hacia el mejoramiento. Ella debe tocarnos desde la totalidad de la existencia y no desde la periferia.

El maestro debe concebir la lectura como la principal fuente de formación permanente, pero para que ésta realmente transforme su existencia, tiene que vivirse intensamente, es decir, no puede asumirse como un mero acercamiento sensorial. El contacto con el texto debe realizarse con todo su ser, dispuesto a escuchar lo que éste comunica, pero a escuchar no lo que se desea, sino lo insospechado, lo impensado. Sólo así podremos construir nuevos sentidos que mejoren la existencia.

Cuando la lectura se realiza con la totalidad de nuestro ser, se convierte en una experiencia de la cual no salimos igual, y la diferencia no radica en estar más informados, sino en estar más confrontados y transformados existencialmente. Este tipo de lectura exige ir y venir con el texto, leer y releer, tantas veces como sea necesario, para poder escuchar con exactitud las voces y los sentidos que el texto nos presenta. Esto es como la relación con el ser amado, que hay que ir y venir con él, durante mucho tiempo, para poder comprender la riqueza que en éste habita.



Es importante, en la lectura como formación, saber acercarnos a la buena literatura, pues sólo ésta resiste la relectura y exige de nosotros ser leída con todo nuestro ser. Un buen texto es el que resiste varias lecturas. Uno por ejemplo, no puede leer *El juego de los abalorios* de Hermán Hesse, o *Wilhem Meíster* de Goethe como lee el periódico, o una revista de vanidades. En esta perspectiva, la novela pedagógica nos ilustra cómo los grandes maestros inducen a sus discípulos a la lectura. En *Wilhem Meíster*, de Goethe, se puede observar cómo Jarno le permite a Wilhem conocer al Hamlet de Shakespeare, o cómo en la obra *Jude el oscuro* de Thomas Hardy, el maestro Phillotson le proporciona a Jude los mejores textos de latín y matemática para que se prepare bien y pueda estudiar en los prestigiosos colegios de Christmister; de la misma manera, en la obra *Doctor Faustus*, de Thomas Mann, el maestro de piano de Adrián Leverkühn, el protagonista principal, no sólo le daba clases de piano, sino que lo familiarizaba con lo mejor de la literatura rusa, francesa e inglesa, y así sucesivamente. Son muchos los ejemplos en la literatura donde los maestros le permiten comprender a sus discípulos la importancia de la lectura y los buenos textos para su formación.

El mejor legado que un maestro puede dejar a sus discípulos es el amor por la lectura. Ahí está la clave de una fina formación. Formar en la lectura es formar para la autonomía y la libertad. Los textos son maestros siempre dispuestos a compartir con nosotros sus enseñanzas, día y noche están ahí, esperando a sus discípulos; su razón de ser está en este encuentro. El texto como maestro nunca abandona a sus discípulos. De ahí que por siempre haya sido considerado como la sabia inagotable de toda formación.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALCOTT, May (1987). *Hombrecitos*. Bogotá: Universales.
- CARRASQUILLA, Thomas (1992). *Dimitas Arias*. Medellín: Comfenalco.
- \_\_\_\_\_ (1995). *Entrañas de niño*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- DE AMICIS, Edmundo (1994). *Corazón*. Bogotá: Panamericana.
- GOETHE, Johann Wolfgang (1994). *Wilhem Meíster*. Buenos Aires: Claridad.
- GONZÁLEZ, Carlos Mario. "Autoridad y autonomía". En: QUINTERO, Marina y GIRALDO SALAZAR, Juan Leonel (1999). *Sujeto y educación: hacia una ética del acto educativo*. Medellín: Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, Departamento de Extensión y Educación a Distancia.
- GONZÁLEZ, Fernando (1995). *El maestro de escuela*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- HARDY, Thomas (1972). *Jude el oscuro*. Madrid: Alianza.
- HESSE, Hermán (1978). *El juego de los abalorios*. Madrid: Alianza.
- JAMES, Henry (1991). *Otra vuelta de tuerca*. Barcelona: Planeta.
- LARROSA, Jorge (1998). *La experiencia de la lectura: estudios sobre literatura y formación*. Barcelona: Laertes.
- MANN, Thomas (1991). *Doctor Faustus*. Barcelona: Plaza y Janes.
- MONTAIGNE, Michel de (1992). *Ensayos I*. Madrid: Cátedra.
- NARANJO, Jorge Alberto (1995). "Literatura y pedagogía". *El Colombiano*. 19 de febrero.
- STANISLAVSKI, Constantin (1996). *Un actor se prepara*. México: Diana.

## REFERENCIA

HURTADO V., Rubén Darío y GIRALDO S., Juan Leonel. "Literatura y pedagogía". En: *Revista Educación y Pedagogía*. Medellín: Universidad de Antioquia, Facultad de Educación. Vol. XIV, No. 32, (enero-abril), 2002. pp. 85-91.

Original recibido: enero de 2002

Aceptado: marzo de 2002

Se autoriza la reproducción del artículo citando la fuente y los créditos de los autores.

